

Editorial

GOTAS DE HUMANIZACIÓN

La CLAR sigue invitando a que “escuchemos a Dios donde la vida clama”, y así insiste y persiste en este lema del actual trienio. Es cierto, en medio de tantos ruidos del mundo actual, no siempre es fácil escuchar a Dios. Hay oídos que después de algún tiempo se acostumbran a un determinado rumor, a determinadas voces, y hasta a determinados clamores. Se ve que, poco a poco, algunas personas y comunidades logran habituarse a los ruidos y, aún más, duermen tranquilamente no obstante el fuerte grito de hermanas/os nuestras/os que claman por un mínimo de dignidad, de respeto, de justicia y de vida. A nosotras/os nos puede pasar lo mismo con los gemidos que nos llegan de hermanas/os que sufren el dolor, la soledad, la angustia de ver amenazada su vida y la de las/os suyas/os.



Ir. Paulo Petry, FSC
Presidente de la CLAR

Después de celebrar la Junta Directiva de la CLAR en Puerto Príncipe, del 9 al 12 de abril del 2011, la Presidencia decidió dedicar un número más de la Revista, el segundo de este año, al tema de la Humanización, desde la perspectiva de Haití, donde seguimos escuchando a Dios, ya que la vida allí clama fuertemente. De esta manera, vemos la realidad haitiana y escuchamos su voz a través de los ojos y oídos de Mons. Bernardito C. Auza que, en la calidad de Nuncio Apostólico, nos

habla de “Haití: su problemática y sus desafíos pastorales”; del veterano teólogo P. William Smarth que nos presenta “los nuevos escenarios y los sujetos emergentes hoy en Haití”; de la experimentada misionera Hna. Matilde Moreno Muñoz que nos invita a que “escuchemos a Dios en la vida que clama en Haití”. Dos teólogos enmarcan este cuadro: el P. Antonio Gerardo Fidalgo, del ETAP, con su reflexión sobre “Haití, una experiencia de vida asolada por la muerte”; Fr. Everton Ricardo Berny Machado con una luz bíblica sobre “La humanización de la Vida Religiosa a partir de la parábola del Buen Samaritano”. Esta reflexión acerca de la humanización resulta enriquecida con los relatos sobre experiencias de intercongregacionalidad y respuestas a la situación post-traumática, otros testimonios e interpretaciones, y el Mensaje de la XLI Junta Directiva.

El Verbo de Dios se hizo carne y habitó entre nosotros (cf. Jn 1, 1-18). Él se humanizó y, por eso, tanto se identifica con el sufrimiento de la humanidad. Se regocija con los signos de vida, con los brotes de esperanza, con la ternura y el amor que enciende el corazón solidario, generoso y compasivo con el prójimo. Pero también sufre con los signos de muerte presentes en tantos seres humanos, dolor que proviene de la falta de hospitalidad y de fraternidad que lleva a muchas/os a vivir con lo mínimo del mínimo, mientras que unos pocos viven en la súper abundancia. Sufre el Señor de la vida con los niños sin pan, con las madres sin techo, con los padres sin trabajo para garantizar el pan diario a los suyos.

“Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mt 18,20). Y cuando uno de estos que se reúnen en el nombre del Señor vive en indigencia, todo el cuerpo sufre con él. ¿Sufrimos con los que pierden su vida por la drogadicción, con los que la desperdician en un tránsito violento, con los que apenas sobreviven después de perder todo en los desastres naturales, con los que ven partir a los suyos de forma trágica, con los que ya no encuentran sentido a su vida?

A veces desorientadas/os ante tantas y tan grandes preocupaciones de la humanidad, las/os Religiosas/os podemos caer en la tentación

del desánimo, de la impotencia, de la acomodación. Ante los graves y grandes problemas de la humanidad, especialmente en los países que sufren las consecuencias de la pobreza extrema, de los desastres naturales o humanos, de las opciones políticas erróneas, podemos desanimarnos y pensar que no podemos hacer nada, o que lo poco que podemos hacer de nada valdrá. Podemos hacernos los sordos. Al respecto, podemos recordar la anécdota del colibrí y del elefante: *«Para apagar un gran incendio en el bosque, el colibrí vuela velozmente con una gota de agua en el pico. Al verlo, el elefante se burla de él y le pregunta: ‘¿Piensas que tú, tan pequeñito, puedes apagar un incendio tan grande con esta gotita de agua? Aunque hicieras cien mil viajes no lo lograrías’. El colibrí, sin dejarse amilanar por la duda del elefante, depositó su gota sobre el bosque y, de regreso a buscar otra gota de agua, dijo al elefante: ‘Querido amigo, no sé si apagaré el incendio pero hago mi parte’. Dicen que el incendio no devoró el bosque, porque la esperanza comprometida del colibrí, es decir, la esperanza unida a la acción, abrió los ojos de los demás animales que juntos enfrentaron la situación y la resolvieron».*

A ejemplo del colibrí de la anécdota, las/os Religiosas/os somos convocadas/os a contribuir con nuestra gota de agua a calmar la sed, el hambre, la injusticia, la soledad, el abandono, la cobardía, la ignorancia, la intolerancia, el odio, la rutina y el acomodamiento. Somos llamadas/os a contribuir personal, comunitaria, congregacional e inter-congregacionalmente a humanizar este mundo, con frecuencia disgregado, individualista, hedonista y apático delante del dolor y del sufrimiento de sus hijas/os. De lo poco o de lo mucho que somos y tenemos, nada nos pertenece si un solo ser humano sigue muriendo por falta de lo esencial para vivir.

Aunque los problemas nos parezcan demasiado grandes, aunque nos sintamos confundidas/os o desorientadas/os, no dejemos que la angustia, la tristeza o la soledad nos aislen en nuestra aparente impotencia. Nos consagramos al Dios de la Vida, que nos bendice con innumerables dones que debemos compartir y no guardar egoístamente para nosotras/os mismas/os. De lo poco o mucho que recibimos y somos, compartamos con quien más lo necesita. Llevemos nuestra gota de

agua en forma de donación material, de trabajo efectivo, de palabras de ánimo, de escuchas atentas, de un abrazo amigo, de un apoyo con la simple presencia de un tiempo gastado gratuitamente con una/un hermana/o.

El Señor, que se hizo humano para divinizarnos, es quien nos conoce perfectamente, nos convoca por el nombre y lo pronuncia bendiciéndolo, porque nos ama, es decir, nos acepta como somos y nos convoca a divinizar con Él toda la creación, de manera especial sus hijas/os, nuestras/os hermanas/os. Es el mismo Señor que escucha a su pueblo y se conmueve hasta las entrañas, y se revela siempre como el Dios compasivo, misericordioso, apasionado por la humanidad. El Dios de la bondad y la ternura nos ha consagrado para vivir y revelar su bondad y su ternura en este mundo, su divina humanidad y su humana divinidad, con el deseo de que todas/os se salven y que desde ya, hoy en día, tengan vida plena.

Hagamos, pues, su santa voluntad, que a diario proclamamos al rezar el Padre Nuestro, amando como Él nos ha amado, sirviendo como Él lo hizo en el lavatorio de los pies, acompañando a nuestras/os hermanas/os como lo hizo con Zaqueo, Bartimeo, Marta y María. Dediquemos tiempo al prójimo, escuchemos su historia, sus angustias, sus sueños y alegrías, sus esperanzas y la vida que desea y necesita narrar. Escuchemos a Dios que nos habla humanamente en y a través de la vida de cada hermana/o, de cada niña/o, de cada anciana/o. Escuchando a Dios donde la vida clama, ofreceremos ciertamente el pan nuestro de hoy a mucha más gente, lo compartiremos con el prójimo porque sabemos que el pan que nos es dado es de hecho también para las/os demás. Incluyamos aquí no solo el pan hecho de trigo, sino también el pan de la salud, del conocimiento, de la alegría, de la educación, de la cultura, de la acogida, de la simpatía, de la fraternidad y la sororidad, el pan de la humanización. Ciertamente lo haremos mejor cuando aprendamos a vivir lo que oramos en otra parte de la oración del Señor: «Perdona nuestras ofensas». Pareciera que aquí, al rezar así, el Señor nos contestara: «Muy bien, hija/o, sólo te pido que, de igual manera, te perdones tú y perdones a los que te ofenden..., que creas en mi providencia de Padre, que esperes la salvación del mundo por

medio de mi Hijo unigénito, Jesucristo, y que proclames la caridad en la verdad, es decir, el amor fraterno/sororal o fraternidad/sororidad humana, para el progreso y desarrollo integral del ser humano y de la humanidad, dando respuestas a los temas del hambre, la miseria, la pobreza, las guerras, la violencia, la injusticia, la desigualdad, el analfabetismo y las enfermedades endémicas que padece y sufre» (cf. José Barros Guede, *El Humanismo Cristiano*, 2009, <http://es.catholic.net/abogadoscatolicos/429/951/articulo.php?id=42833>, 15 de enero de 2010).

Al volver nuestros ojos y nuestros oídos a nuestras/os hermanas/os de Haití, desde la Conferencia Haitiana de Religiosas/os recibimos la orientación que sigue: «La Vida Religiosa hoy está llamada a ser y a hacer verdadero testigo del amor de Dios; ser testigo es ser signo visible ante una sociedad sedienta de este amor, amor que lleva a la persona a ser persona y no una cosa, amor que lleva a una verdadera humanización. Hoy la/el religiosa/o está llamada/o a ser conocedor de la realidad que la/lo rodea, del contexto donde se encuentra, para lograr que la sociedad sea autónoma y no dependiente, que la/el religiosa/so sea ese instrumento que ayude a conocer y a vivir el amor de Dios, que la/el religiosa/so refleje en lo humano lo divino».

Por lo tanto, si queremos formar una comunidad apostólica, si queremos ser la Vida Consagrada humanizada, apasionada por Jesús, por la humanidad y por el mundo, una sola cosa se nos pide: Amar con ternura, practicar la justicia y caminar humildemente con nuestro Dios (cf. Miq 6,8).